

VISIÓN GLOBAL DE LA SEXUALIDAD

Autor: P. Jaime Fernández

Materias:

Sexualidad
Comunión
Ley fundamental del amor
Educación de la sexualidad

Categoría:

Sexualidad
Familia
amor

Nos referimos a la sexualidad en su sentido más amplio tratando de iluminar la genitalidad y de descubrir los caminos a través de los cuales se hace posible integrarla dentro del núcleo de la personalidad. Ser sexuado significa existir y actuar a partir de una modalidad polarmente complementaria. En primer lugar es conveniente hacer una distinción fundamental, que nos permitirá ordenar nuestros pensamientos en una forma pedagógica. La sexualidad puede ser considerada: a) Un modo original de presencia en el mundo. b) Un dinamismo vital original, que compromete todo el despliegue de la personalidad humana.

1. Modos originales de presencia en el mundo.

El hombre existe en la polaridad irreducible hombre-mujer. Ésta se manifiesta en que las estructuras físicas, psicológicas y espirituales no solamente son diferentes, sino complementarias. Ninguna de las dos está completa sin la otra. Esto significa que el sentido y el valor de lo humano, aquello que constituye la base de la dignidad del hombre, se encuentra también repartido entre ambos polos. Un malentendido al respecto, o el menosprecio de un sexo, repercute en el orden social y en la cultura, ya que ambos encuentran su base de sustentación en la originalidad y complementación de los sexos.

El punto de partida, entonces, de cualquier proceso de educación de una persona en su aspecto sexual consiste en enseñarle a valorar y respetar cada sexo. En contra de eso atentan la ignorancia y la desvalorización de alguno de ellos.

La sociedad en los últimos siglos ha estado marcada por una fuerte tendencia a sobrevalorar lo masculino en desmedro de lo femenino. De hecho se ha presentado al varón como el modelo único de lo humano. Se han exaltado sus valores y modalidades propias como si fueran la norma única de lo humano. Esto es peligroso porque desequilibra las relaciones entre el hombre y la mujer y eso repercute en la vida social. La hipertrofia abusiva de lo masculino ha dado origen a procesos de confusión y nivelación de los sexos, que han repercutido en el orden social, especialmente en la familia. Es fuente de tensión.

La exaltación de lo masculino comenzó a gestar en la mujer inseguridad frente a su identidad y valor sexual. Esto no tardó en transformarse en afán de asimilar como propios los valores y las modalidades que eran exaltados, pero que le eran ajenos. Comenzó a dejar de lado su función social más propia y a considerar como negativo aquello que siempre había sido su fuente de valoración y realización.

Para muchas mujeres ser corazón de la sociedad, ser madre y educadora de la humanidad, comenzó a ser fuente de tedio y amenaza. En muchos sectores, el afán de asumir lo masculino como propio comenzó a transformarse en un auténtico complejo sexual. La razón es muy simple: se sintió desvalorizada al estar compitiendo con el hombre en un campo en el que, necesariamente, estaba en desventaja. Se sintió marginada, descalificada y tratada con injusticia.

De ahí surgió, en un número creciente de mujeres, el afán de reivindicación, que fue tomando diversas formas en el “feminismo”. Una mujer despojada del valor de su identidad y función social, luchando por asimilar valores y modalidades que son propios del hombre, originó una crisis de confusión y nivelación de los sexos.

2. Un dinamismo vital original.

Partimos de la base de que la sexualidad es uno de los aspectos más dinámicos del hombre. Se define como el “comportamiento original y la actividad que se derivan de la estructura sexualmente diferenciada del ser humano”. La mejor manera de hacer comprensible el dinamismo sexual es plantearlo con la terminología del amor.

La sexualidad no sólo abre al amor a un tú complementario y a la donación integral y permanente a él, sino que ofrece la mayor amplitud de posibilidades al amor humano como tal. La sexualidad impulsa la dinámica que es típica de un proceso de vida. Es como un río incontenible. Desde el comienzo imprime en la persona un dinamismo original que pasa por etapas diferenciadas según las edades. Y lo hace desplegando, en el momento adecuado, diversas urgencias de la naturaleza.

La diversidad de objetos a los que se orienta el dinamismo sexual en sus distintas etapas hizo que algunos pensadores de comienzo de siglo afirmaran que “la sexualidad es un instinto substancialmente uno pero virtualmente triple”.

La sexualidad imprime a la persona determinadas urgencias que buscan cauces propios de expresión. Detrás de ese impulso hay una raíz instintiva y biológica. Aquello que en el ser irracional es una simple programación tendencial irreflexiva, en el hombre se hace consciente. Esto le imprime una modalidad específicamente nueva al impulso natural. Ya sea que esté ordenado por la razón, sublimado y elevado, ya sea que se haya desvirtuado por las desviaciones, posee en el fondo los rasgos propios de todo instinto (un impulso ciego que brota de lo más profundo de la naturaleza y que se orienta naturalmente a su objeto propio).

Como todo instinto primario de la naturaleza puede ser reprimido, desvirtuado, pero nunca suprimido. Por las razones aducidas, contraviniendo a las normas del lenguaje usual en nuestro tiempo, continuaremos hablando de instinto sexual.

La manifestación primaria y más elemental del proceso sexual consiste en la tendencia natural a salir de sí mismo para relacionarse con los demás. Esta etapa casi no se puede identificar como una etapa propia de la sexualidad, pero ciertamente es el comienzo de un proceso que mantiene su continuidad hasta la culminación en la relación de pareja.

Llega un momento en que esta necesidad de salir de sí mismo para ir a otro se va transformando en algo diferente: surge la necesidad de llegar a una complementación cada vez más integral y definida. Se va orientando hacia el otro sexo.

Ni el hombre ni la mujer poseen la plenitud de lo humano: deben fundirse el uno en el otro, espiritual, afectiva y físicamente, para lograrla. Se trata de una tendencia a la «complementación y a la creatividad», que procura la plenitud de la persona a través del

otro. La persona se experimenta no sólo contingente y transitoria, sino también incompleta, por eso procura su perfección adquiriendo lo que le falta.

Además procura proyectarse en el otro para dejar, a través de él, como fruto permanente de sí mismo, una huella, algo que prolongue su existencia, dándole una cierta trascendencia personal. Esta huella se concreta en un hijo biológico o espiritual.

Este instinto de complementación sexual nos ayuda a llegar a una íntima comprensión del hombre. Nos dice que no se puede llegar a ser plenamente humano sin amar y sin complementarse con los valores de otro ser semejante. Nos dice, además, que el verdadero amor debe dar fruto. Un amor infecundo no es auténtico.

Evidentemente hay muchas formas diversas de complementarse con los demás y muchas, también, de dar fruto, pero la relación entre el hombre y la mujer es el cauce primario e integral colocado por el mismo Dios con ese fin.

Ya dijimos que el instinto sexual, que es substancialmente unitario, es virtualmente triple. En su aspecto tendencial se manifiesta en tres dimensiones: a) Como una tendencia al alma de las personas complementarias. b) Tendencia a su cuerpo c) Búsqueda del fruto de su propia creatividad.

El instinto sexual impulsa, en primer lugar hacia la originalidad psicológica, espiritual y valórica que se percibe en el otro. La complementación enriquecedora entre el hombre y la mujer no consiste en primer lugar en el encuentro de los cuerpos, sino en el descubrimiento mutuo y en la asimilación de los valores y originalidad del otro. El proceso de apertura del hombre a la mujer y de la mujer al hombre comienza con una simple curiosidad frente a la modalidad diferente del otro. A los chicos y a las chicas les da la impresión de que son “tan diferentes”. La originalidad que perciben les despierta un interés que los lleva a tratar de descubrir el misterio que intuyen está detrás.

Al final, una abierta admiración

Esta etapa de simple curiosidad desemboca en el descubrimiento progresivo de los valores y de la originalidad del otro. De la curiosidad se pasa a la admiración: “ellas son tan delicadas y tiernas“, “ellos son tan recios y objetivos”. El nacimiento de la admiración marca ya la etapa final de la maduración sexual. Cada uno va descubriendo al otro sexo a su manera. Lo importante es que se descubran mutuamente a partir de los valores espirituales (delicadeza, capacidad de cariño, suavidad, reciedumbre, fortaleza, estabilidad etc.)

Las primeras experiencias afectivas

No cabe duda de que las primeras experiencias personales que se tienen en esta materia juegan un papel de vital importancia para el futuro relacionamiento. Una mala experiencia en la adolescencia puede originar una fijación conflictiva, que impida para toda la vida, un relacionamiento sano como pareja. Puede gestar una pérdida de la apreciación del otro y un prejuicio nocivo para la complementación futura.

El efecto nocivo de una mala propaganda

La propaganda erótica normalmente tiende a desvirtuar los delicados procesos de aproximación entre los sexos. Hace que en vez de descubrir primero los valores espirituales del otro, se destaque lo puramente genital. E incluso, eso mismo lo muestra desvirtuado,

haciéndolo aparecer como objeto de placer. En vez de hacer hincapié en aquello que enriquece a la humanidad a través del encuentro de las originalidades sexuales, promueve el egoísmo posesivo. Lo normal, en cambio, debería ser que el primer encuentro con la realidad del otro sexo estuviera saturado de un clima de idealización. Para eso hay que destacar aquello que hay de más noble y sublime en él. Si el encuentro entre los sexos se llena de malicia desde un comienzo y el otro aparece simplemente como un simple cuerpo apetecible, objeto de placer, se profana el sentido del proceso sexual.

Cuidado del ambiente que rodea a los hijos

Es necesario, por lo tanto, cuidar del ambiente que rodea a los hijos durante esa etapa decisiva. Ciertamente, en la actualidad no es mucho lo que se puede hacer. Creemos, sin embargo, que es posible hacer algunas cosas sencillas y efectivas.

En primer lugar, es posible despertar en la juventud el sentido crítico para ver televisión. Eso impide el llamado «efecto zombi» por el cual las personas se abandonan a lo que están viendo en la pantalla, asimilando sin filtro moral lo que reciben a través de ella.

En segundo lugar, es posible también relacionarse con familias sanas y crear un ambiente atractivo en el propio hogar, de manera que los amigos vengan a la casa y se entretengan. Así los hijos no tendrán que andar procurando entretención por otras partes.

Ideal de aproximación entre los sexos

Es ideal que cada adolescente, al aproximarse al otro sexo, pueda decir en su interior: “te miro y te admiro por que tienes valores que yo no poseo”. Si, por el contrario, un joven, antes de admirar espiritualmente a una joven, la experimenta como un simple cuerpo atractivo, si se deja captar por el ambiente erotizado y la ve solamente como un cuerpo deseable, entonces solo podrá decir: “me atraes, me gustas, te deseo, eres para mi una promesa de placer”. En este último caso difícilmente podrá soñar con sus valores y su riqueza espiritual. Será muy difícil que pueda recuperar una mirada admirativa y una auténtica apertura a los valores del espíritu. No podemos esperar que espontáneamente surja una corriente de respeto mutuo. Terminarán por desearse mutuamente, en forma egoísta, como objeto de placer.

b) La tendencia al cuerpo del otro sexo

Aquí nos referimos a la parte propiamente genital del instinto sexual. Esta tendencia natural del hombre está fuertemente asegurada por la naturaleza con miras a la procreación y a la prolongación de la especie. Vista desde la óptica de la sexualidad como proceso de vida, la tendencia al cuerpo aparece como la culminación del proceso. La atracción que comenzó siendo espiritual, y que fue poco a poco captando el corazón, llega un momento que despierta la pasión. Ésta, que se anida en el plano de lo sensible, hace surgir con fuerza la urgencia del encuentro físico. Difícilmente puede sustraerse a esta fuerza interior que busca como objeto la relación sexual.

En el plan original de Dios, esta tendencia estaba naturalmente subordinada a la razón y era fruto de una decisión. No presionaba a la persona haciéndole perder el control e impulsándola a conductas desordenadas. El pecado original quebró la armonía entre el cuerpo y el alma y, desde entonces la pasión se despierta al margen de la voluntad. El

devolverle la racionalidad, esto es, la subordinación a la razón, que debe juzgar de la conveniencia y oportunidad, aparece más bien como una tarea de la autoeducación. No es bueno desconocer que es normal que todas las personas pasen por una dura lucha hasta subordinar el instinto genital a la razón.

Para dar una buena educación en este campo, es preciso tener muy consciente que la tendencia al cuerpo del otro está dentro del querer de Dios y de ninguna manera se puede presentar como algo malo. Lo que es malo es el descontrol y la pérdida de la libertad. Lo malo está en el hecho de que la genitalidad herida por el pecado, actúe al margen de la razón. En sí misma, por provenir de Dios, es un valor. Limitado y subordinado pero un auténtico valor

En resumen, no basta constatar y valorar el hecho de que cada sexo se sienta atraído por el cuerpo del otro y procure una relación genital ordenada a la procreación. A esta constatación tenemos que agregar que esta tendencia debe estar sometida a la razón iluminada por la fe y que este sometimiento supone una lucha. Se requiere de un proceso de autodomínio y autoeducación.

El carácter simbólico en la genitalidad.

Tenemos que agregar aquí una reflexión acerca de la iluminación simbólica de los órganos sexuales y del acto sexual. El P. José Kentenich insistía en la necesidad de distinguir en ambos aspectos dos dimensiones: El contenido real y el valor simbólico. Sólo a partir de esa base se hace posible lograr una auténtica sublimación. Sin este esclarecimiento, decía él, es muy difícil substraerse a la dinámica negativa que imprime el pecado original a la sexualidad.

El sentido objetivo del sexo

Conviene partir clarificando el sentido objetivo y real de los órganos y del acto sexual.

Los órganos sexuales del varón están adecuados a la inseminación. Simplemente a eso. Tienen como valor simbólico el espíritu de lucha y de conquista. Reflejan la tendencia natural del varón a proyectarse hacia el infinito como un eterno buscador.

Los órganos sexuales femeninos están adecuados a recibir el semen masculino dejándose fecundar y a cuidar de la vida engendrada, protegiéndola. Por su estructura están orientados a dar y recibir: a enriquecer la vida recibida y a devolverla fecunda. Son símbolo del alma de la mujer, de la receptividad obsequiosa. Naturalmente la mujer se da recibiendo. Acoge y enriquece. Cobija y alimenta, dándose a sí misma. El himen, a su vez, simboliza la interioridad del misterio de la vida. Fuente sellada por lo sagrado que posee.

Purificación de la imagen del cuerpo femenino

Se ha llegado a crear un verdadero culto venusiano frente al cuerpo de la mujer. Con afán comercial se le ha destacado como objeto de placer. Esto pone a los educadores modernos la exigencia pedagógica de destacar el valor simbólico que representa, ya que el símbolo hace accesible el valor que está detrás.

Es necesario presentar el cuerpo femenino como encarnación del misterio del amor. Símbolo del darse a sí mismo. El cuerpo de la mujer representa la capacidad de acoger y enriquecer la vida. Todo en él nos habla de servicio a la vida, de acogimiento cariñoso, de

intimidad.

Una sana valorización, a través del descubrimiento del símbolo físico de la realidad espiritual, permitirá volver a mirarlo con una mirada sana y dignificante. Esta realidad simbólica hay que destacarla a tiempo, dentro del proceso de educación, para que los hijos tengan ese concepto sano antes de ser infectados por la propaganda erotizante.

Es muy común que los papás lleguen tarde en la clarificación de la sexualidad. No se atreven a tocar esos temas oportuna y atinadamente. Es necesario, entonces, aprender a idealizar y sublimar lo físico, lo corporal, como expresión de la metafísica del hombre y de la mujer, para que nunca se vea lo corporal separado de lo espiritual. La separación de los aspectos integrantes de la persona ha contribuido en gran medida a la degradación de lo sexual.

c) La tendencia al hijo

El tercer factor que integra el instinto sexual es la búsqueda del hijo como fruto del amor. El significado profundo de este proceso lo encontramos en la necesidad que tiene el hombre de expresar la fuerza creadora que hay en él. La tendencia a tener un hijo propio, a dejar una huella de sí mismo o a realizar alguna obra valiosa, no son sino manifestaciones de la creatividad instintiva que bulle en su interior como una ley de la vida. En todo hombre está latente el anhelo de fecundidad y de realización personal.

Valor pedagógico de esta explicación

Lo que acabamos de exponer tiene una enorme importancia pedagógica porque abre las puertas a un elemento clave en la ordenación del instinto. La realización de alguna actividad creadora, que satisfaga el impulso que está subyacente en la sexualidad, ayuda a tranquilizar el impulso sexual. Una persona que no se siente satisfecha con lo que realiza porque no despliega su creatividad, tendrá grandes dificultades para ordenar sus impulsos genitales. Esto vale especialmente para el varón.

Se puede proclamar casi como un principio de la sexualidad que «lo que no se logra canalizar hacia arriba, a través de una actividad interesante en el plano espiritual, intelectual, artístico o técnico, se abrirá camino hacia abajo a través del instinto bruto». Muchos hombres incultos, groseros, sin ambiciones de progreso, son pasto fácil del sexualismo.

Dinamismo sexual y creatividad tienden, en muchos aspectos, a identificarse. No es raro también que una persona que durante una etapa determinada de su vida esté desplegando al máximo su creatividad, sienta que disminuye la urgencia de su necesidad sexual. Esto influye en el ritmo de sus relaciones maritales. Esta realidad suele crear problemas especialmente cuando las personas no se han educado para el amor y sólo se guían por sus impulsos sin preocuparse de las necesidades del cónyuge.

3. El hombre llamado a la comunión

Para entender a mayor profundidad el significado que tiene el diálogo dentro de la vida matrimonial, es preciso comenzar por situarlo en la perspectiva de la naturaleza social del ser humano. En efecto, el hombre es social y por eso tiende con todo su ser a encontrarse con los demás. Todos los aspectos de su naturaleza lo impulsan al contacto con sus semejantes. Así, entonces, más que hablar de lo social como una tendencia natural en el hombre, como si fuera algo parcial en él, se debe hablar de su naturaleza social. Ésta hace que todas las tendencias tengan en él una connotación social. El fundamento metafísico de la realidad que acabamos de describir lo encontramos en la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios, puesto que Él es a la vez Personal y Comunitario. Juan Pablo II al reflexionar sobre este tema dice: *«antes de crear al hombre, parece como si el Creador entrara dentro de sí mismo para buscar el modelo y la inspiración en el misterio de su Ser, que ya aquí se manifiesta de alguna manera como el “Nosotros” divino.»* Juan Pablo II, «Gr. Sane» n. 6 Con la creación, el «Nosotros» divino se proyecta en la humanidad, marcándola con un sello indeleble. Todo el ser del hombre lo invita a la comunión, de tal manera que desde ninguna perspectiva se le puede explicar y comprender aislado de sus semejantes.

1° La ley fundamental del amor

Para la realización dinámica de su naturaleza social, el hombre está marcado por la ley fundamental del amor. La experimenta vivencialmente como una tendencia a salir de sí mismo para unirse a otros seres, pues sólo a través de esta unión personal encuentra su perfección. Se puede decir, con toda razón, que la «ley del amor» es la impronta divina, ya que Dios es Comunidad porque es Amor. El hombre, hecho a su imagen, también, de alguna manera está llamado a ser amor.

Si bien es cierto que la naturaleza humana es social y que está substancialmente marcada por la ley del amor, el hombre, como ser libre se puede abrir o cerrar a éste. Incluso, cuando cerrarse signifique su autodestrucción. Para llegar a su perfección, debe reconocer y aceptar vitalmente que, habiendo sido creado por amor, está destinado al amor. El mayor riesgo de su existencia consistirá, entonces, en que puede rechazar su propia naturaleza: Puede negarse a amar y cortar sus vínculos sociales.

El fruto del amor es la vinculación personal con los seres a quienes se ama. Es así, entonces, como la naturaleza humana, por la dinámica del amor, impulsa a cada hombre a salir de sí mismo e ir a otros para crear con ellos vinculaciones personales. Este proceso es similar al del árbol que echa raíces y así se sustenta.

La realización humana consiste, por consiguiente, en aprender a amar de tal manera que a través de ese amor se logre gestar todo un organismo natural y sobrenatural de vinculaciones personales, cálidas, sólidas, estables y fecundas. El hombre encuentra en esos vínculos no sólo el estímulo permanente para su crecimiento personal, sino también el reposo en un hogar, que lo acompaña a través de su peregrinaje por el mundo. Al final de él encontrará el reposo pleno en el Tú que le dio origen y en el cual se reencontrará con toda la creación. La vida de la persona que se niega a amar y vincularse con los demás, se frustra. El matrimonio es el primer cauce, puesto por Dios, para la realización.

La naturaleza humana, en cuanto social, encuentra su máxima expresión en la capacidad de gestar vinculaciones personales. Estos vínculos se originan cuando una persona comienza a

tener contacto personal con otra hasta llegar a una comunión espiritual. La comunión está siempre sustentada en el amor; sin embargo, *el vehículo para que los seres lleguen a comunicarse espiritualmente, es el diálogo*. De ahí, entonces, decir que la naturaleza humana es social, equivale a afirmar que es por eminencia dialógica. El diálogo, como encuentro personal, aparece así intrínsecamente ligado al ser social y el matrimonio es el cauce más elemental e integral de diálogo.

2º Diálogo conyugal, plenitud humana

Todos los hombres tienen una vocación dialógica y para realizarla tienen innumerables caminos. Lo que interesa es que cada uno logre entrar en un contacto personal y personalizante con sus semejantes.

La vida conyugal, sin embargo, es la que ofrece la mayor gama de posibilidades para el encuentro personal. Por esa razón se la puede considerar como la forma más eminente de expresión de la naturaleza social del ser humano. En ella es factible captar y canalizar todas las formas posibles de diálogo, conduciéndolas a la más íntima y fecunda comunión entre dos seres humanos.

En las páginas que siguen abordaremos ampliamente el tema del diálogo conyugal, sus expresiones, peligros y caminos. Tendremos presente, a lo largo de nuestra exposición, que el diálogo en todas sus expresiones, como vehículo de comunicación personal entre los esposos, es la *condición de fecundidad*. Esto no lo afirmamos solamente pensando en que a través de él se logra la complementación espiritual, afectiva y biológica, o simplemente por el hecho que es la condición del mutuo enriquecimiento, sino que, además, lo hacemos pensando en que es la condición permanente para la gestación de una nueva vida en cualquiera de sus planos. De hecho, así como para que exista la posibilidad de generación de vida biológica de un nuevo ser, es preciso que el padre y la madre se unan físicamente en un solo cuerpo. Así también, para que haya generación de una nueva vida en el plano afectivo, espiritual e incluso sobrenatural, ambos esposos deben hacerse un solo corazón y una sola alma. Esto es posible sólo a través del diálogo.

El intercambio entre las personas se da a distintos niveles. El primario es la simple información. Ésta se tiene, por ejemplo, cuando los interlocutores solamente pretenden comunicarse mutuamente noticias o informaciones prácticas. Un poco más profundo es el nivel en que a la información se agrega la formulación de opiniones sobre un tema, porque, al emitir juicios personales, de alguna manera, se compromete la persona misma. Sin embargo, aún no aparece aquello que es propio del diálogo. En los dos casos mencionados, se permanece aún en el plano de la conversación, ya que tratan de asuntos exteriores a las personas. Un nivel más profundo se alcanza cuando el tema mismo del intercambio es aquello único, íntimo e irrepetible de la persona en cuanto a tal: sus experiencias, convicciones, principios, etc. La mayor intimidad se logra sólo cuando lo que se intercambia son los sentimientos personales (alegría, temor, esperanza, etc.). Entonces se ha llegado al diálogo propiamente tal. Reservaremos el término «diálogo» para referirnos «*al encuentro de dos personas en su calidad de tales*». Agregamos lo segundo debido a que las personas se encuentran continuamente, pero no siempre como personas: se encuentran normalmente, a partir de los roles que desempeñan. Ese encuentro tiende a ser puramente objetivo y funcional. Existe diálogo, cuando el encuentro es personal y personalizante; cuando compromete a la persona como tal; cuando significa un dar y recibir algo de aquello que es propio de cada uno: opiniones, sentimientos, actitudes, propósitos, convicciones y

principios, etc. El diálogo se debe distinguir de todas las otras aparentes formas de intercambio social. Especialmente, del monólogo, del soliloquio, de la conversación y de la información. Estas formas de intercambio, que en realidad lo son a medias, son las más comunes. Al hablar del diálogo hablamos de una forma de encuentro dinámico de dos seres que se dan y se reciben mutuamente.

P. Jaime Fernández M.